

se devanaban los sesos buscando remedio para el hecho irreversible. Fue la tía Margarita quien sin querer procuró la solución. Era la tía Margarita mujer frecuentadora obsesiva de herbolarios y parafarmacias, y cliente compulsiva de magos, nigromantes y videntes televisivos con los que se dejaba una pasta gansa que no tenía. Gustaba también de contar a quien quisiera oírlo las bondades de los tratamientos a los que se sometía para sus imaginarios males y su nada imaginaria decadencia. En una de sus múltiples matracas familiares, glosó con gran convencimiento las maravillas de unas píldoras milagrosas que, fabricadas con raspaduras repetidamente diluidas de una pata de pollo tomatero, resultaban portentosamente eficaces para esas arrugas que aparecen con la edad en las comisuras de los ojos. El secreto radicaba, declaraba, en coger un poquito de algo malo y convertirlo en bueno por obra y gracia de una milenaria técnica latina, cuyo nombre leyó sacando un papel de su bolso: *similia similibus curantur*, anunció con el orgullo de quien se siente iluminado por el conocimiento arcano. Lo inventó un romano que se llamaba Samuel, de los de antes de Cristo, concluyó satisfecha. Nada parecía hacerle dudar a pesar de lo que el espejo debía revelar cada mañana, y cambiando de tema pasó a comentar el horóscopo correspondiente a ese día.

El padre de la criatura se había quedado empero con la copla, y no paraba de darle vueltas. El chico muy listo no parece, se decía; si pudiera darle alguna píldora de esas, ahora que por su temprana edad toda-

vía estamos a tiempo, tal vez acabará siendo un sabio benefactor de la humanidad, o líder mundial como el coreano ese del que hablan, y que tiene a todo su país metido en el bolsillo... Estaba claro que ese remedio concreto no se había inventado todavía; de lo contrario, estaría en las farmacias. Así que antes de nada decidió documentarse, buscando en internet las palabras mágicas del romano antiguo ese.

Al parecer, todo consistía en coger la materia prima necesaria y disolverla mucho, hasta que se obrara la transformación. El problema, claro, era qué materia prima: si para las patas de gallo de la tía hace falta un pollo —se dijo— para hacer inteligente a un menguado hará falta un tonto. Tonto es el que dice tonterías, y los que dicen más tonterías son los que salen por la tele, pensó. Pensado y hecho, se ocultó de madrugada en los alrededores del estudio, a la espera del primer tertuliano que saliera. Seguro de la legitimidad de su causa y de que el elegido no estaría por la labor de convertirse en donante, optó por un expeditivo estacazo que le permitió disponer de sangre abundante, a la vez que, sin ser consciente del efecto colateral, libraba a la audiencia de semejante caspa.

Cuando la policía lo detuvo en la cocina de su casa, se hallaba en pleno proceso de dilución, que quedó inconcluso alrededor del vigésimo trasvase. Esposado en el coche celular, camino del manicomio, se oía al desdichado murmurar húmedos los ojos: hijo mío, decía con un hilo de voz, qué será del pobre ahora...

